

Mitin pro Tánger español.—Organizado por la Liga Africanista Española, se celebró en el teatro del Centro el segundo mitin de la campaña en favor de españolización de Tánger, que por su importancia y entusiasmo en nada desmereció del anterior.

Pronunciaron entusiastas discursos los Sres. Marqués de la Viesca, Albornoz, Sala, Francos Rodríguez y Alcalá Zamora.

El Sr. Marqués de Pilares hizo el resumen de los discursos, señalando que todos los oradores se habían expresado dentro de la mayor libertad, dejando oír las voces de su conciencia y los entusiasmos de sus corazones.

Los oradores todos fueron objeto de grandes ovaciones, que les obligaron a interrumpir varias veces sus discursos.

DIA 19.—El Gobierno civil de Barcelona.—En este día firmó S. M. un decreto nombrando inspector general de primera Enseñanza al Sr. Maestre Laborde, Conde de Salvatierra, gobernador que era de Barcelona.

Este nombramiento fué un pretexto para prescindir de los servicios del Sr. Maestre, que no aceptó el nuevo cargo.

Fué nombrado para sustituirle en Barcelona el señor D. Federico de Carlos Bas, director general de Aduanas a la sazón.

Don Amalio Gimeno, título de Castilla.—En el Consejo de Ministros celebrado en la Presidencia, el Sr. Dato dió cuenta de una solicitud del rector de la Universidad Central, Sr. Carracido, pidiendo al Gobierno un testimonio de adhesión al homenaje que había de rendirse al doctor Gimeno con motivo de su jubilación como Catedrático.

El Consejo acordó asociarse a dicho homenaje, asistiendo una representación del Gobierno a los actos que se celebrasen y proponer al Rey que concediese al señor Gimeno un título de nobleza; como así se efectuó, dándole el título de Conde de Gimeno. El homenaje que se le hizo en el Paraninfo de la Universidad fué honrosísimo.

Santa María de Paredes.—Asimismo se dió el título

de Conde de Santa María de Paredes a este ilustre y sabio catedrático de Derecho, que había sido profesor de S. M. el Rey.

DIA 21.—Viaje del Rey a Barcelona.—El Sr. Dato estuvo despachando con S. M., y marchó después al Ministerio de Marina, donde recibió a los periodistas.

Dijoles que al despachar con el Rey dió a éste cuenta de haber llegado a Madrid una Comisión de la Sociedad «La Alianza», de Barcelona, a la que S. M. tenía concedida audiencia a las doce.

El objeto del viaje era el de invitar a D. Alfonso al acto solemne de la colocación de la primera piedra para la construcción de un pabellón de infecciosos.

El Rey manifestó a los comisionados que su propósito era asistir a dicho acto.

Al mismo tiempo aprovecharía el viaje para visitar las obras de la Exposición de industrias eléctricas y ver también el emplazamiento del Palacio que, en terrenos cedidos por la Condesa viuda de Güell, proyectaba regalar Barcelona al Monarca, para que residiera algunas temporadas.

El Real decreto sobre los alquileres.—S. M. el Rey firmó en esta fecha el esperado decreto sobre los alquileres de fincas urbanas.

He aquí las principales disposiciones:

«Artículo 1.º A partir de la fecha de la publicación de este Real decreto, los contratos vigentes de arrendamiento de fincas urbanas de las capitales de provincias y poblaciones de más de 20.000 almas se entenderán prorrogados con carácter obligatorio para los propietarios, sin alteración en la cuantía del alquiler, salvo lo que se dispone en los artículos siguientes.

»Para los efectos de este Real decreto, se entenderá por alquiler la cantidad global que por todos los conceptos haya de abonar el inquilino por razón del arrendamiento.

»Caso de fallecimiento del arrendatario, el beneficio de la prórroga de los contratos alcanzará a los indivi-

duos de su familia que con él habitaran, si se tratase de local destinado a vivienda, y al socio o heredero que continuasen el negocio, si fuese un establecimiento mercantil o industrial.

»Art. 2.º Como consecuencia de la prórroga de los contratos, los propietarios sólo por falta de pago podrán utilizar, con arreglo a las disposiciones de la legislación común, la acción de desahucio.

»Art. 4.º Los contratos de inquilinato en las capitales de provincia y poblaciones de más de 20.000 almas cuyo alquiler no hubiese sido aumentado desde 31 de diciembre de 1914, o cuyo aumento se juzgue susceptible de elevación, podrán ser revisados a instancias del propietario, según las normas que se establecen en la siguiente escala:

»Los arriendos que no excediesen en 31 de diciembre de 1914 de 1.500 pesetas anuales sólo podrán elevarse en un 10 por 100.

»Desde 1.500 hasta 3.000, sólo podrán elevarse en un 15 por 100.

»Desde 3.001 en adelante, en un 20 por 100.» Etc.

DIA 25.—El partido socialista español ingresa en la tercera Internacional.—Después de accidentadas gestiones, el Congreso extraordinario que celebraba el partido socialista acordó, por enorme mayoría de votos, ingresar en la tercera Internacional.

A continuación se puso a votación el dictamen de la minoría de la ponencia, cuyos extremos eran menos exagerados y radicales.

Después de grandes trabajos se llegó a la votación, que dió el siguiente resultado: a favor de la proposición, 8.260 votos, frente a 5.016 de los exaltados. Se abstuvieron 1.615, en su mayoría gubernamentales.

Las cifras fueron acogidas con grandes protestas de los que simpatizaban con la tendencia radical.

Se procedió a la votación del Comité Nacional del partido, quedando constituido en los siguientes términos:

Vicepresidente, Sr. Besteiro; secretario general, señor Anguiano; vicesecretario, Sr. Lamóneda; secretario de actas, R. González (D. César), y vocales, los señores

López Baeza, Largo Caballero, Núñez Arenas, Fabra Ribas, Ovejero y Araquistain.

La presidencia está asignada a D. Pablo Iglesias, y ni siquiera fué sometida a votación.

Los Sres. Besteiro y Largo Caballero renunciaron a los cargos para que habían sido designados, y fueron nombrados para sustituirles los Sres. García Quejido y De los Ríos (D. Fernando), respectivamente.

DIA 26.—El Rey a Barcelona.—En el tren expreso salió, a las seis y veinte de la tarde, para la ciudad condal, el Rey D. Alfonso.

En el andén rindió honores una compañía del regimiento de León, con bandera y música, y cientos de personas de todas clases sociales hicieron una cariñosa despedida al Monarca.

Preparativos en Barcelona.—En la capital catalana era grande el entusiasmo para recibir al Rey.

De los últimos detalles de la organización del recibimiento y fiestas durante la estancia se recibieron las siguientes noticias:

«Más de 300 señoras de la alta sociedad barcelonesa se reunieron ayer tarde en casa de la Marquesa de Castellflorida, para organizar las fiestas en el Tivoli y en el Ritz.

»Para aquélla se han agotado los billetes.

»El Rey descenderá en Barcelona en la estación de Francia, por estar cerca de Capitanía, y podrá oír misa antes de la hora de colocar la primera piedra del edificio de «La Alianza».

El manifiesto regionalista.—La Comisión de Acción política de la Liga regionalista publicó un extenso manifiesto, afirmando que eran inexactas cuantas versiones circularon sobre su actitud con motivo del viaje del Rey, de cuyo acto no eran enemigos ni entusiastas.

«Hubiera convenido—añadía el documento—que nos

visitara frecuentemente, para conocernos a fondo, porque así nuestro pleito estaría en vías de solución.

» Aunque el viaje coincide con el dolor del alma catalana por los agravios recibidos y las desatenciones sufridas, y no ha sido bien escogido el momento, los catalanes sabrán armonizar la cortesía y sus sentimientos.

» Durante el viaje olvidaremos los agravios; pero no nuestra voluntad de ser libres y de tener la autonomía.»

El documento lo firmaban: Abadal, Bertrán y Musitu, Cambó, Puig y Cadafach y Ventosa.

DIA 28.—El Rey en Barcelona.—Como estaba previsto, la visita del Rey a Barcelona constituyó una efeméride brillante.

La realidad llegó más lejos que las previsiones y esperanzas. El recibimiento hecho al Monarca superó en entusiasmo y brillantez a cuanto podía imaginarse.

El Rey entró en Barcelona en un coche descubierto, con el Alcalde, que le había recibido en nombre de la ciudad.

El público, rompiendo las filas de la tropa, rodeó el coche en que iba D. Alfonso, y aclamándole incesantemente, le acompañó hasta la Capitanía general. En ésta, Su Majestad se asomó a un balcón, para presenciar el desfile de la tropa, y detrás de ésta desfilaron ante el Rey miles y miles de personas con banderas españolas.

Después del desfile de las tropas, S. M. se cambió el traje militar por otro de americana y marchó a la quinta «La Alianza».

La multitud ovacionó al Rey durante largo rato. Restablecido el silencio, el secretario, Sr. Gorja, leyó un discurso historiando la vida de la entidad.

El presidente, Sr. Torné, a su vez, leyó un discurso acerca del objeto, fines y progresos de «La Alianza», y agradeciendo el apoyo de D. Alfonso y su presencia en el acto.

El Sr. Dato, a indicación del Monarca, dijo que éste se asociaba siempre a todo cuanto tendiera a enaltecer y a mejorar la condición del obrero. Añadió que los hechos eran más elocuentes que las palabras; y como prueba del

aprecio con que el Rey había visto la obra de «La Alianza», podía comunicar que se había concedido la gran cruz de Beneficencia al Dr. Girona, alma de la institución, y el título de Barón a los esposos Griñó, que tanto ha contribuido al éxito de la obra.

Grandes aplausos y aclamaciones coronaron el discurso.

Importante discurso del Rey.—Luego estuvo D. Alfonso en el Hospital de San Pablo, y después fué al Tibidabo, donde se celebraba un banquete en su honor.

Los invitados, en número de 450, ocuparon ocho grandes mesas.

Al final, el Rey, entre grandes aplausos, pronunció el siguiente discurso:

«Señores: Estoy contentísimo de estar entre vosotros.»

»Yo amo por igual a todas las regiones de España; pero Cataluña ha tenido más suerte que las demás, y va actualmente a la vanguardia del progreso. Me enorgullecio de ver caras jóvenes que con su actividad e inteligencia hacen de esta región la joya más preciada de mi corona. (*Aplausos y vivas al Rey y al Conde de Barcelona.*) Cataluña es la región en la cual me he apoyado durante la guerra para mantener la neutralidad. (*Ovación.*)

»Tenéis que poner os en comunicación con todas las regiones de España, para evitar discordias.

»Yo amo a España igual que vosotros, y reconozco el esfuerzo realizado por Cataluña.

»Estamos en una gran conmoción universal, que sólo la unión de todos los españoles puede hacernos salir indemnes de la misma.

»Necesito el concurso de todas las clases trabajadoras; pues solamente unidos pueblo y Rey, Cataluña será grande. Vosotros tenéis confianza en mí y yo la tengo en vosotros, y el día que muramos, lo haremos convencidos de haber cumplido con nuestro deber. (*Aplausos.*)

»Hay que prescindir de los hechos políticos; pues cambian muy a menudo, y el ideal de la Patria tiene que estar por encima de estas pequeñeces. Tenemos que estar unidos, no por la política, sino por el trabajo.» (*Ovación.*)

Prometió volver con la Reina para inaugurar el edificio del que se había colocado la primera piedra.

Un grupo de obreros interrumpió diciendo: «Que sea pronto.» El Rey contestó: «De vosotros depende.»

Terminó diciendo que concedía la gran cruz de Beneficencia al Dr. Girona, por sus trabajos hechos en la fundación del hospital de «La Alianza».

La concurrencia aclamó al Rey durante largo rato.

S. M., visiblemente impresionado, impuso al Dr. Girona la cruz de Beneficencia.

La ovación que estalló entonces fué indescriptible, oyéndose vivas al Rey, a España y a Cataluña.

El Rey salió a la galería del hotel, donde los fotógrafos impresionaron algunas placas.

Se remitió a la Reina el telegrama siguiente:

«Terminado el almuerzo en el Tibidabo en honor de su esposo, la Junta de gobierno siente no poderle enviar los ramos de flores que adornan la presidencia.»

S. M. el Rey recorrió luego la gran plaza del Tibidabo, acompañado de su séquito.

Allí los fotógrafos obtuvieron varios grupos de Su Majestad rodeado de las Juntas directivas de «La Alianza» y de la Sociedad del hospital.

S. M. revistó luego la tropa de los exploradores de España, que desfiló ante el Monarca dando vivas al Rey y a España.

Por la tarde asistió a la corrida de toros.

Banquete en la Bolsa. — Palabras del Monarca. —

Por la noche, a las nueve, se efectuó, en el gran salón de contrataciones de la Bolsa, el banquete ofrecido por las Sociedades económicas de Barcelona a S. M. el Rey. El salón resultaba suntuoso y de artístico aspecto. Grandes tapices puestos en los muros completaban el decorado del salón, con otros adornos que figuraban las barras catalanas.

En uno de los lados había una enorme bandera española, que servía de dosel para la presidencia. Completa-

ban la ornamentación estatuas clásicas y artísticas y objetos de hierro forjado.

Asistieron unos 500 comensales, que se distribuyeron entre ocho grandes mesas colocadas a lo largo del salón, perpendiculares a la de la presidencia, y número crecido de otras mesas más pequeñas a los lados del salón.

A las nueve entró el Rey, a los acordes de la Marcha Real. Los concurrentes, entre los que figuraban las personalidades más notables de la banca, del comercio, la industria y la navegación, le hicieron objeto de una ovación cariñosa y entusiástica.

Terminado el banquete, el Rey se levantó y dirigió la palabra a la concurrencia, que le oyó con religioso silencio, solamente interrumpido por los aplausos con que se saludaron varios párrafos. Recordó el Rey el discurso que por la tarde había dirigido a los obreros y trabajadores de «La Alianza» en la cumbre del Tibidabo, para hacer resaltar que en un mismo día había podido comunicar sus impresiones a los representantes del trabajo y a los del capital.

«Ahora—dijo—presido la fiesta del capital. ¡Qué fortuna tan grande sería para mí el poder servir de lazo de unión entre el capital y el trabajo, por lo que se afanan todas las Potencias del Mundo! (*Grandes aplausos.*)

»Esta unión, que presenta tantas dificultades en todas las naciones, ¿por qué no podría realizarse en nuestra España? Si así fuera, ¡qué ejemplo daríamos a los demás países! Sería entonces España tan grande, que no tendría comparación siquiera con la gloriosa España del pasado. Yo, español, con el cariño que veo me profesáis, laboro constantemente por nuestra Patria, y trabajando así estoy seguro que lo hago por una Cataluña grande y una España grande, una e indivisible.

»Permitidme, pues, que termine vitoreando lo que ha de ser un lazo de unión para todos: ¡Viva España! ¡Viva Cataluña!»

El público aplaudió frenéticamente el final, dando grandes vivas y aclamaciones, entre una ovación entu-

siasta al Rey, que se retiró acompañado por la Junta, sin que cesara un momento el entusiasmo.

Ya en la calle, se repitieron las muestras de cariño por parte del público, que llenaba el paseo de la Aduana.

También estuvo el Rey en una *kermesse* organizada en el Hotel Ritz.

A la mañana siguiente recibió D. Alfonso en audiencia a algunas personalidades que lo habían solicitado.

Después realizó una visita a los cuarteles, donde revisó a las tropas y probó el rancho.

A las once y media se dirigió en automóvil, atravesando el Paralelo, a la montaña de Montjuich, para visitar los terrenos de la futura Exposición de Industrias eléctricas, donde fué recibido por el alcalde, Sr. Martínez Domingo; el comisario regio, Sr. Marqués de Comillas, el arquitecto Sr. Rubio y el Sr. Pich.

El Rey subió en el automóvil del Sr. Pich (republicano radical) y con éste y los Sres. Cambó, Dato y Marqués de Viana, comenzó a recorrer la montaña, deteniéndose en algunos lugares propicios para admirar el panorama de la ciudad.

Las niñas de las escuelas del bosque ofrecieron al Rey dos soberbios ramos de flores.

Los profesores, alumnos y muchos obreros lo aclamaron.

En el Ateneo Obrero.—Después de visitar los cuarteles, marchó D. Alfonso al Ateneo Obrero de Barcelona, sito en la calle de Moncada, siendo recibido por la Junta en pleno.

El Presidente de ésta pronunció un discurso saludando y dando la bienvenida al Rey, y recordando que el Ateneo tomó impulsos en sus comienzos, merced a un donativo de 10.000 pesetas que le hizo D. Alfonso.

El Sr. Dato contestó agradeciendo las muestras de deferencia hacia el Gobierno y manifestando que el Rey otorgaba otro donativo de 10.000 pesetas al Ateneo Obrero, para que éste pueda continuar su patriótica obra.

Más tarde, en la Capitanía general, se celebró una recepción, un banquete y visita de Comisiones.

Regreso del Rey a Madrid.—La despedida fué entusiasta.

El Alcalde, el Capitán general, el Presidente de la Audiencia y el Comandante del puerto estrecharon la mano al Rey, y en ese momento tres nutridas Comisiones llegaron hasta él, y le entregaron tres preciosísimos ramos de flores con cintas de los colores de la bandera nacional, rogando a D. Alfonso los entregase a la Reina D.^a Victoria.

El Rey agradeció el obsequio en su nombre y en el de su augusta esposa.

Su entrada en Madrid, al día siguiente, 29, por la tarde, a causa del retraso por un desprendimiento de tierras, fué solemne y verdaderamente conmovedora, pues aunque no se exteriorizaron, hubo muchos temores durante el viaje.

Para qué fué el Rey a Barcelona.—**Manifestaciones de Bergamín.**—El Ministro de la Gobernación dijo a los periodistas:

«Ahora, contestando a los que pregunten para qué ha ido Su Majestad a Barcelona, contestó: Ha ido para eso: Para que nadie dude en España, y sobre todo fuera de España, que Cataluña es monárquica.

»Ese éxito no ha sido del Gobierno, sino del Rey. Sin embargo, a los que ahora coinciden en decir que ese éxito estaba descontado, se me ocurre preguntarles que por qué no se había intentado en doce años.»

Manifestaciones de Lerroix.—El jefe de los republicanos, Sr. Lerroix, reconoció el éxito grande obtenido por D. Alfonso en la ciudad condal, y refiriéndose a las consecuencias del mismo, dijo:

—El viaje Regio, a semejanza del agua regia, ha servido de disolvente. De disolvente para algunos grupos o partidos políticos.

—Entre ellos figura la Lliga, ¿verdad?—preguntó un periodista.

—Naturalmente—contestó el Sr. Lerroix.

Recordaba el jefe republicano que cuando fué, hace

doce años, a Barcelona S. M. el Rey, él era jefe de un importante partido político, y dijo públicamente que el jefe del Estado tiene perfecto derecho a ir a todos los pueblos de su reino.

Y hacía constar también que ahora no se había hablado al Rey en catalán, como la vez anterior, y aun antes, como cuando se tuvo la osadía de enviar un mensaje a la Reina regente en ese dialecto.

Respecto del caso del diputado radical Sr. Pich y Pon, dijo el Sr. Lerroux que hasta no conocerlo en detalle, no quería formular juicio alguno. Sin embargo, reconoció que cuando se desempeñan cargos oficiales se tiene el deber de cumplir con las obligaciones a ellos anejas. Y, por lo que se refiere concretamente al hecho de haber asistido dicho Diputado al banquete ofrecido por el Rey a las Autoridades, dijo el Sr. Lerroux que eso, más que nada, era una cuestión de apreciación personal.

La Junta municipal expulsó del partido al Sr. Pich.

La verdadera causa del viaje del Rey a Barcelona.—Fué la siguiente, dicha en pocas palabras. Con motivo de las antipatrióticas manifestaciones que hubo en Barcelona durante la estancia del mariscal Joffre, los separatistas hicieron creer a Francia que podía muy bien adueñarse de la parte de Marruecos que nos corresponde, y especialmente de Tánger (con tal de que les ayudasen en su insana labor separatista), pues España, dividida como se hallaba, no podría oponer grandes obstáculos. Bastante tenía con las cuestiones interiores.

En este sentido (*El Imparcial* lo dijo bien claro) informó era su Gobierno el embajador francés, M. Saint-Aulaire, que había representado a Francia en Tánger demostrando siempre su animosidad contra España, y para deshacer esos rumores y esas indignas cábalas, y para demostrar que cuando se trata de la honra y la dignidad nacional no hay tales divisiones entre los españoles, fué a Barcelona viril y patrióticamente el Monarca, y consiguió lo que se proponía, obteniendo a la vez un éxito personal de respeto y de afecto, que no podrá olvidarse nunca.

Los catalanistas tascaron el freno, contentándose con